

Como dos desconocidos.

Era una veraniega tarde del mes de julio. Metafóricamente hablando, se juntaron el hambre con las ganas de comer. Marcos llega de prisa, acalorado; con un movimiento se echa el pelo para adelante y se desabrocha el segundo botón de la camisa de rayas azules que llevaba puesta para no pasar tanto calor.

Se sentó en un banco justo enfrente de un parque infantil. A su lado se encontraba un anciano que miraba al horizonte con una mezcla de tristeza y nostalgia. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de colores cálidos.

Marcos cogió el móvil y contestó una llamada pendiente:

—Bueno, ya hablaremos, es que no me veo preparado ni a mí, imagínate a él. Sabes, ha pasado tanto tiempo y, además, cada día lo veo peor, pero me da miedo porque sé que este adiós es para siempre. Bueno... ¡vale, gracias! ¡Chao! ¡Adiós! ¡Un beso! —dijo, terminando la llamada.

Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón mientras el anciano lo observaba y le dirigió la palabra:

—¿Problemas familiares?

—¿Cómo? —contestó Marcos, confundido.

—Perdone, no quiero meterme en su vida, pero no he podido evitar escuchar su conversación.

—No, no, tranquilo —le respondió.

Marcos lo miró y le lanzó una conmovedora sonrisa. Se fijó en su vestimenta: llevaba puesta una gabardina y una boina; estaba muy abrigado, cosa que no era muy común por la temperatura a la que se encontraban.

—¿No le da calor? —preguntó Marcos.

—¡Qué va! —contestó el hombre—. Esto ni es calor ni es nada.

—Pues yo tengo mucho calor —le dijo Marcos.

—Mira, te voy a confesar algo. Acércate —le dijo el anciano—. A mi edad, ¿para qué voy a quejarme? He vivido ya tantas cosas que, si las recuerdo, se me seca la boca, pero nunca pude quejarme por ninguna de ellas.

Marcos lo volvió a mirar.

—Me parece usted un hombre muy sabio —exclamó.

—Y dime, en un día tan caluroso como este, ¿qué te ha traído por aquí? —le preguntó el hombre.

—Bueno... —Marcos sintió la melancolía rondando por su corazón—. Yo estoy buscando a alguien que se ha perdido y quisiera encontrarlo para, simplemente, poder hablar con él.

—¿Está perdido? Mmm... como cuando mi amigo Eusebio, al que le encantaba pescar, un día fue al río y se perdió.

Allí estuvimos buscando toda la tarde y, al final, apareció en la orilla, sonriendo con un pez enorme en la mano. Yo me atreví a preguntarle: «¿Dónde estabas?», y él me respondió: «Estaba con el pez, hablando de la vida».

El anciano se rió a carcajadas y Marcos sonrió de nuevo, como si ya hubiera escuchado esa pequeña anécdota alguna vez en su vida.

Marcos era de corazón frágil y aquel hombre le masajeaba su conciencia, haciendo que la comodidad se sumara a aquel momento tan emotivo, cosa que Marcos agradeció y quiso seguir charlando con él como si el tiempo se hubiera parado.

—Sí, algo parecido —contestó Marcos—. ¿Y aquel amigo suyo? ¿Cómo había dicho que se llama?

—Eh... creo que... emm... Eusebio, eso, Eusebio —respondió el hombre—. Te diría que es de las mejores personas que he conocido nunca, por no decirte la mejor. Marcos siguió escuchando, pero no aguantó y las lágrimas se le salieron solas.

El hombre lo miró fijamente hasta que le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Marcos se secó las lágrimas y, con la voz semiquebrada, contestó:

—Porque me recuerda a alguien.

—¡Ah, vale! —dijo el señor, calmado y sin sumarle mucha importancia—. ¿Te gusta la tortilla?

—Sí, sí me gusta —contestó Marcos.

—A él también. Su madre le solía poner un poquito de menta para darle ese toquecito dulce, pero él decía que eso no era una tortilla de patata, que la verdadera tortilla era la tradicional. Pero eso a ella no se lo decía, porque, si no, ¡madre mía cómo era la Fina, que en paz descansa! Para ella nunca estaba el horno para bollos.

Al minuto de hablar, el hombre miró al horizonte con una mirada algo desorientada y dijo:

—¿Te he hablado de su madre?

Era extraño. Probablemente se hubiera confundido, pero para cualquier otra persona hubiese sonado raro. Marcos no sospechó nada y solamente le respondió, calmado, con una voz dulce:

—No, no me lo ha contado, pero supongo que sería una mujer simpática.

—Sí, sí —respondió el anciano.

Y durante unos segundos se dedicó a mirar al horizonte, de una manera curiosa, al ver cómo el sol se ponía del todo. Una sonrisa salió de su rostro. Seguido de esto, una expresión de duda alertó a Marcos:

—¿Se encuentra bien, señor?

—Estoy perfectamente, joven. Por cierto, ¿qué tal tu madre?

Marcos desvió la extraña pregunta.

—¿Qué más recuerda sobre Eusebio?

—Eh... pues recuerdo... ah, sí, recuerdo cuando se compró su primer coche. Era un Seat Ibiza del... del 84 —dijo dubitativo—. Recuerdo cómo presumió aquel día en el porche de su casa. Sacó a Julieta, su mujer, y empezó a bailar como Travolta. ¡Qué gracioso era!

Al oír aquel nombre, una lágrima cayó del rostro de Marcos.

—Julieta... —susurró Marcos.

—Ah, sí, Julieta —dijo el anciano, animado—. Una mujer bellísima. Su historia con Eusebio fue muy pintoresca. Se conocieron en Asunción, Paraguay, de donde ella era originaria.

Él creo que estaba ahí porque tuvo que llevar a un político importante de la zona. No sé si te lo he comentado, pero él era chófer, y fue justo en un zoo donde se conocieron, porque ella cantaba allí.

Su vestido morado y sus cabellos negros enamoraron perdidamente a mi amigo Eusebio. Y eso que él siempre era de esos que decía: «Yo, novia no, qué asco». Pero es que Julieta era especial. Él se quedó embobado mirándola, lo que llamó la atención de ella al terminar el concierto.

Ella se presentó y, ¿sabes qué le dijo?

—¿Soy yo o es que me has estado mirando como un empanado durante todo el concierto?

El hombre volvió a reír y Marcos también.

No sé en qué punto se enamoró, que dejó a aquel político tirado en la carretera solo para ir a verla. ¡Menudo gesto de amor! ¡Quién quisiera ser él!

Marcos le echó una mirada de complicidad y el anciano prosiguió la historia.

¡Cómo olvidar el día de su boda! Él llevaba un chaqué reluciente, con más años que tú y yo juntos, pero le hacía ilusión llevarlo, ya que era de su padre. Y ella estaba guapísima y, sobre todo, ambos compartían la ilusión del amor, y donde hay esa chispa siempre hay un feliz matrimonio.

La ceremonia no defraudó. A mí se me saltaron las lágrimas, he de decirlo, porque lo vi ahí y me pareció otra persona totalmente distinta.

Marcos lo escuchó atentamente, como hasta ahora. La historia de aquel hombre se había convertido en el centro de atención de un chico que buscaba distraerse, dejar de lado todo el sufrimiento y sumergirse en las palabras de alguien, como si ya lo hubiese hecho en otra ocasión. Sentirse libre y poder hablar, como hace unos meses pensaba que nunca haría.

Verlo vestido de chaqué en un altar no me encajaba nada con aquel adolescente rebelde que lanzaba huevos a la ventana del director Laguardia. ¡Madre mía, qué tiempos aquellos! Tenía el pelo hasta aquí —dijo, señalando a la altura de los hombros—. ¡Ay, Eusebio, Eusebio! ¿Qué será de ti?

—¿No tiene contacto con él? —preguntó Marcos, extrañado.

—Ya quisiera yo, hijo, pero le perdí la pista hace ya tiempo. Sé que tuvo un hijo.

—¿Ah, sí? —dijo Marcos con los ojos casi iluminados.

—Sí, pero no sé su nombre —dijo el hombre—. Pero sí recuerdo cómo era: un niño riquísimo. La última vez que lo vi era así de chiquitín, una carita preciosa de niño bueno, todo lo contrario a su padre.

Pero en lo que sí se parecía a su padre eran sus ojitos verde lima, igualitos a los de Eusebio. Algo tenía que heredar.

El anciano enseñó una cristalina sonrisa y se dirigió a Marcos, poniendo su mano encima de su brazo.

—¿Y tú te pareces a tu padre?

Marcos volvió a sentir lo mismo. Otra de las preguntas del anciano le daba un sentimiento que parecía estar desaparecido dentro de su cuerpo.

—Uf... Muy buena pregunta. La verdad es que mi padre era...

—Ah, ¿le ha pasado algo? —preguntó el anciano con una mirada de intriga e inocencia juntas.

—Bueno... mi padre no está bien. Hace tiempo que no es el mismo y no espero que usted me entienda. Respondiendo a su pregunta, mi padre era más bueno que el pan, un tío majísimo que tiene su pasado, como todos, pero una de las cosas que me enseñó fue a respetar a los demás y quererlos como son. Así que, ¿sí me parezco a él? No lo sé, pero le juro que sí querría.

El anciano lo miró expectante, aunque por dentro no estaba captando nada de lo que Marcos trataba de decirle debido a su dañada conciencia, y reaccionó de manera que se podría interpretar que todo lo que Marcos acababa de contarle parecía no ser de su importancia.

—Pues muy bien —respondió sonriente.

Marcos no le dio mucha importancia, ya que era la reacción que se esperaba.

—¿Y sabes qué? Eran más que un amor tan fuerte que ni la mismísima muerte los pudo separar. Aunque algo me pareció escuchar de una nueva estrella en el cielo llamada Julieta. Pero, aun así, lo recuerdo con mucho cariño.

Marcos volvió a caer rendido en un mar de lágrimas. Definitivamente, había sido una tarde de reencuentro con el pasado que le había servido para encontrar fuerzas donde no quedaba nada. Pero en su cabeza seguía rondando algo que estaba a punto de salir por su boca.

Lo miró, suspiró y se dispuso a dirigirle la palabra, pero justo antes de que sus labios pudieran emitir sonido, el anciano lo miró fijamente, como si acabase de ver algo que no le cuadraba. Parecía estar muy desorientado.

Se alejó moviéndose como si tuviese miedo y le dijo:

—Perdona, ¿nos conocemos?

Parecía que el hombre había olvidado toda la larga conversación que acababa de tener con Marcos. Este solo le respondió con la misma paciencia con la que le había respondido anteriormente:

—Sí, papá, sí nos conocemos. Soy Marcos, el hijo de Eusebio, tu hijo. Durante ese

instante, un silencio irrumpió en la escena con un Eusebio muy desorientado.

—¿No te acuerdas de mí, papá? Soy yo, ese niño del que recuerdas poco, con los ojos

verde lima, como tú, con la carita de angelito, todo lo contrario a ti.

Lo que pasa es que he crecido. Ya no tengo esa carita de ángel, pero sigo siendo yo. No te preocupes, papá, sé que no me recuerdas, pero juntos vamos a recordar, ¿vale? Te lo prometo.

Eusebio seguía muy confundido. Durante ese momento no salió ni una palabra de su boca. Marcos lloró a moco tendido y, con lágrimas en los ojos, le dijo a su padre:

—¡Te tengo una sorpresa! ¡Vas a ser abuelo! Si es niña, se llamará Julieta, como mamá. ¿Te acuerdas?

Marcos se acercó a él y le sacó la mano del bolsillo, señalando la alianza de boda que tenía en el dedo índice.

—¡Mamá! ¿Te acuerdas de ella?

Marcos siguió llorando hasta que se derrumbó en sus brazos y su padre, confundido, le dijo:

—Marcos, ¿ya has llegado del cole?

Y Marcos, entre lágrimas, le contestó:

—Sí, papá, ya he llegado.

Esa fue la última conversación que Marcos tuvo con su padre. Eusebio falleció esa misma noche. Se sentía indefenso, frágil; no se reconocía ni a él mismo.

Como Marcos solía decir, había noches buenas y noches malas, y su última noche tenía que ser mala. Entre su miedo, las únicas palabras que salieron de su boca fueron:

—¿Dónde estás, mamá?

Marcos se acurrucó en él, como años antes hacía su padre, y se quedó con él esperando hasta que pudo sentir su último latido, un latido fuerte, conciso, como un golpe sobre la mesa que queda grabado para siempre.

Ahí supo que todo había acabado y recordó la última conversación que habían tenido como dos anónimos. Esa sensación le hizo sentir afortunado: pudo despedirse de su padre, no como le hubiera gustado, pero lo hizo, aunque fuese como dos desconocidos.